

El Comité Internacional de la Cruz Roja en Afganistán: reafirmar la neutralidad de la acción humanitaria

Fiona Terry*

Fiona Terry es investigadora independiente y recientemente ha concluido varios estudios encomendados por el Comité Internacional de la Cruz Roja en relación con Sudán y Afganistán. Es doctora en relaciones internacionales por la Universidad Nacional de Australia y es autora de *Condemned to Repeat? The Paradox of Humanitarian Action* (Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2002).

Resumen

El concepto de la neutralidad como principio rector de la acción humanitaria sufrió un rechazo rotundo por parte de la mayoría de los actores que intervinieron en el reciente conflicto en Afganistán. Una de las partes en el conflicto se puso al mando de las organizaciones de asistencia y ayuda humanitaria en el marco de una campaña contra la insurgencia, y la otra rechazó a las organizaciones humanitarias occidentales aduciendo que eran agentes del Occidente imperialista. En 2003, Ricardo Munguía, ingeniero hidráulico del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), fue asesinado a causa de lo que simbolizaba, y este acto de violencia hizo dudar de si CICR podría mantener su imagen de organización neutral en este contexto altamente polarizado. Sin embargo, en lugar de abandonar su posición neutral, como hicieron muchas organizaciones de ayuda humanitaria, el CICR perseveró y, gracias a algunas iniciativas innovadoras y a veces riesgosas, logró demostrar a ambas partes los beneficios que puede aportar la

* La autora quisiera agradecer a Jacques de Maio, Reto Stocker, Bijan Farnoudi y Patrick Vial las observaciones aportadas en relación con una versión anterior de este texto. El presente artículo refleja las opiniones de la autora y no necesariamente las del CICR.

presencia de un intermediario neutral en un conflicto. Hoy, el CICR sigue ampliando sus actividades a fin de llegar a todos los afganos que sufren acuciantes necesidades de asistencia humanitaria.

Durante la operación Moshtarak, que la OTAN desplegó en la provincia de Helmand en febrero de este año, un joven afgano llegó al puesto de primeros auxilios del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) en Marjah con una herida de bala en el muslo. Fue estabilizado y trasladado en un taxi local al hospital más cercano. Tras recorrer carreteras sembradas de artefactos explosivos improvisados —que los insurgentes habían desactivado temporalmente a instancias del CICR— el taxi fue detenido en un puesto de control situado a la entrada de la ciudad. Mientras el conductor del taxi y las fuerzas de seguridad discutían acerca de si llevar al paciente al centro de interrogación o al hospital, pasaban los minutos. Un delegado del CICR llamó al puesto de control por teléfono móvil: “Comprendemos sus preocupaciones con respecto a la seguridad pero, por favor, permitan que el paciente reciba atención médica. Podrán interrogarlo más tarde”. Se autorizó el paso del taxi y el paciente pudo llegar al hospital. Aunque no era exactamente lo que Henri Dunant, el fundador del Movimiento de la Cruz Roja, tenía en mente hace 150 años cuando curaba las heridas de los soldados en el campo de batalla de Solferino, sin duda aprobaría la forma en que el CICR ha adaptado su idea a las realidades de la guerra en Afganistán.

Esa adaptación representa la culminación de años de esfuerzos del CICR por obtener el respeto de todas las partes en el conflicto por el papel que desempeña en la asistencia a las víctimas, sin importar quiénes sean y de qué lado luchen. Detrás de este viaje en taxi al hospital hay una compleja trama de éxitos y fracasos: éxito en persuadir a los insurgentes de que desarmaran las bombas sembradas en la carretera, aunque sólo fuera temporalmente, y en lograr que las fuerzas de seguridad gubernamentales priorizaran la atención médica antes que el interrogatorio; pero fracaso, al verse el CICR obligado a contratar taxis locales para hacer un trabajo cuya responsabilidad recae primero en las fuerzas militares, y sólo después en el CICR o en la Media Luna Roja Afgana. Que un vehículo del CICR no pueda circular por esta carretera por el temor de sufrir ataques demuestra los límites de la aceptación que ciertos grupos presentes en Afganistán conceden a lo que el CICR hace y representa.

En este artículo, se analizan algunos de estos éxitos y fracasos: los desafíos que afronta el CICR desde que Estados Unidos invadió Afganistán en 2001, y la forma en que ha respondido. En la primera parte, se examinan los peligros que se ciernen sobre los equipos del CICR cuando intentan llegar hasta los afganos que necesitan asistencia en partes del país afectadas por el conflicto, causados principalmente por la extrema polarización que se ha generado en torno a la “guerra contra el terror”/“guerra contra el Islam” y por la insurgencia contra el gobierno de Hamid Karzai, apoyado por Occidente. En la segunda parte, se examinan las innovadoras formas en que el CICR ha procurado ampliar el espacio humanitario en Afganistán y los riesgos que ha afrontado en este proceso. En la última parte, se analizan algu-

nos de los desafíos que pueden presentarse en el futuro a medida que las fuerzas de seguridad internacionales retiran gradualmente sus tropas y se preparan a devolver el país a un gobierno tachado de corrupción y nepotismo, con una creciente insurgencia que avanza desde el sur, señores de la guerra con renovada legitimidad en el norte, y un impresionante número de milicias formadas, financiadas y equipadas por Occidente como parte de su estrategia de retirada del atolladero de Afganistán.

Entre dos extremos: la instrumentalización y el rechazo de la ayuda humanitaria

El asesinato deliberado de Ricardo Munguía, ingeniero hidráulico del CICR, en marzo de 2003, mientras viajaba de Kandahar a Tirin Kot, causó profunda conmoción en el CICR. Además de la tragedia personal que afectó a sus familiares y colegas, la muerte de Ricardo hizo pedazos la idea —sostenida durante largo tiempo— de que la reputación del CICR, basada en su neutralidad y en la eficacia de su labor en Afganistán durante los últimos treinta años, protegería a sus delegados contra los ataques. Ni el hombre que ordenó el asesinato ni el que lo perpetró eran ajenos a la labor del CICR: ambos llevaban una prótesis de la Institución en una de sus piernas. Sin embargo, esto no los disuadió de matar a Ricardo como símbolo del Occidente imperialista que, en su mente, libraba una guerra contra el Islam. De pronto, se quebrantó el pacto silencioso, la norma tácita sobre la relación entre conocer al CICR y respetarlo. La Institución tuvo que preguntarse si sería capaz de reestablecer su imagen de neutralidad en los nuevos tipos de conflictos que se libraban en Irak, Afganistán y Somalia.

La instrumentalización de la ayuda

Es tentador culpar a las fuerzas militares internacionales por la muerte de Ricardo y unirse al coro de recriminaciones que acusa a los militares de “difuminar las líneas” entre el personal militar y el humanitario utilizando la ayuda como parte de su estrategia contra la insurgencia. Sin duda alguna, durante la guerra, las fuerzas militares internacionales han participado en actividades inescrupulosas, como usar vestimenta civil y conducir autos blancos para hacerse pasar por trabajadores humanitarios, lanzar panfletos en el sur de Afganistán en los que decían a los pobladores que, si deseaban seguir recibiendo ayuda “humanitaria”, debían proporcionar información sobre los talibanes y Al Qaeda y, en general, utilizar la ayuda humanitaria como herramienta para “ganarse los corazones y mentes” de la población afgana. Para muchos miembros de las fuerzas armadas, la lógica era sencilla: “Cuanto más nos ayuden a encontrar a los “tíos malos”, tantas más cosas buenas recibirán”, explicó un miembro de un equipo de reconstrucción provincial, mientras entregaba mantas a los afganos desplazados en el sur del país¹. Los civiles

1 Kim Sengupta, “Aid workers feel the fatal chill of new Cold War”, en *The Independent*, Londres, 10 de mayo de 2004. Los equipos de reconstrucción provincial aplican una combinación de recursos civiles y militares.

han pagado un alto precio por esta instrumentalización de la ayuda: como represalia por “colaborar” con el enemigo, los insurgentes han atacado las aldeas que aceptaban esa ayuda; y las fuerzas de la OTAN han bombardeado o atacado aldeas en las que se sospechaba la presencia de insurgentes ocultos, sobre la base de la inteligencia recopilada durante los repartos de “las cosas buenas”. También se ha cernido una nube de sospecha sobre las organizaciones humanitarias legítimas: en varias ocasiones, tras producirse detenciones, bombardeos u operaciones de erradicación de cultivos de amapola en una zona recientemente visitada por el CICR, se acusó a la Institución de haber pasado información a las fuerzas de la Coalición. Si bien el hecho de que las fuerzas militares participen en operaciones de ayuda no es incorrecto en sí mismo, la instrumentalización de la ayuda ha empañado la imagen de la asistencia “humanitaria”, transformándola en un arma de guerra.

El rechazo de la ayuda

Pero, el asesinato de Ricardo no fue un caso de “líneas difuminadas” y de identidades erróneas. No había confusión en la mente del mulá Dadullah cuando este comandante talibán ordenó la ejecución de un trabajador humanitario civil, no de un soldado, un contratista militar o un espía². El asesinato de Ricardo representó una amenaza más profunda e insidiosa, que la independencia del CICR con respecto a los militares no pudo superar: el rechazo directo de las normas humanitarias supuestamente universales y del respeto por quienes las defienden. El CICR había logrado, no sin dificultades, negociar unas condiciones aceptables mínimas para realizar su trabajo en todo Afganistán durante el régimen talibán (1996-2001) y no había sufrido ataques. Pero, la “guerra contra el terror” desempeñó un papel central en la radicalización de toda una generación de musulmanes que, de otro modo, tal vez no se hubiesen sentido atraídos hacia las ideas más extremas del islamismo. La invasión de Irak; los abusos cometidos contra los musulmanes en lugares de detención en Afganistán, Irak, Cuba y otros lugares; el prolongado sufrimiento de los palestinos; los bombardeos aéreos que matan y mutilan a civiles; y las quejas provocadas por el comportamiento del gobierno afgano y de las tropas de la Coalición alimentaron las ideas de los islamistas y provocaron una ola de oposición al mundo occidental.

A su vez, esta radicalización ha transformado la imagen de las principales organizaciones humanitarias, que están profundamente enraizadas en la esfera occidental desde el punto de vista cultural, político y económico: inicialmente percibidas como inofensivos benignos, se han convertido ahora en agentes del imperialismo occidental que difunden valores contrarios a las ideas islámicas conservadoras. Si bien los choques por cuestiones tales como la discriminación contra las mujeres y

las minorías étnicas y religiosas, sin ser novedosos, son inevitables, las organizaciones de ayuda humanitaria occidentales comparten la responsabilidad por esta nueva imagen negativa, porque la abrumadora mayoría ha abandonado la neutralidad como principio rector de su acción humanitaria y ha orientado la ayuda en consonancia con los objetivos políticos y militares de la parte “legítima”. En el período de euforia que siguió al derrocamiento del régimen talibán, aceptaron de forma acrítica los discursos de “post-conflicto” y “estabilización” que decretaron el fin de la necesidad de ayuda humanitaria y, por ende, sus principios subyacentes. Casi todas asumieron un papel en las actividades de reconstrucción y desarrollo “post-conflicto” y apoyaron el proyecto político encaminado a extender la legitimidad del gobierno en todo el país. Los enfoques neutrales se desecharon por “imposibles”, “anticuados” e incluso moralmente dudosos en estos nuevos conflictos y, para emprender la construcción del Estado, se adoptó un enfoque que integraba los componentes político, militar y “humanitario”³. Los esfuerzos del CICR por contradecir el discurso dominante y poner de relieve la persistente necesidad de proporcionar ayuda humanitaria legítima no fueron bien recibidos. En efecto, en abril de 2008, la Misión de Asistencia en Afganistán de las Naciones Unidas (UNAMA) reconvino a Jakob Kellenberger, Presidente del CICR, por haberse expresado de manera “demasiado negativa” en una declaración pública formulada durante un viaje a Kabul, en la que manifestó su inquietud por la situación humanitaria y la intensificación del conflicto⁴.

Sin embargo, nueve años más tarde, muchas organizaciones se han quitado las gafas rosadas y se han encontrado con que el gobierno y el proceso internacional de construcción de la paz que habían apoyado con tanto entusiasmo trastabillan entre la corrupción generalizada, la cultura de la impunidad en todos los niveles, la creciente represión, las víctimas civiles, el aumento de la criminalidad y la pérdida general de legitimidad que fortalece a los talibanes y a otros grupos de oposición. La creciente inseguridad ha llevado a las organizaciones humanitarias a reducir sus actividades o a retirarse, primero del sur y el este de Afganistán y ahora hasta del norte y del oeste, poniendo fin a muchas de las actividades por las cuales estos organismos dejaron de lado su independencia. Ahora que las necesidades humanitarias son mayores que nunca, la capacidad de respuesta de las organizaciones de ayuda es casi inexistente: el servicio de pediatría del hospital de Kandahar recibe una incesante afluencia de niños desnutridos procedentes de zonas rurales del sur del país, pero las organizaciones no pueden llegar hasta allí. Por ejemplo, casi todo el personal extranjero de las Naciones Unidas se retiró de Kandahar y de toda la región meridional en abril de 2010.

El CICR analizó cuidadosamente la forma de trabajar en este contexto polarizado. Inmediatamente después de la muerte de Ricardo, suspendió las actividades

2 Aunque nunca se ha confirmado, existe la creencia generalizada de que la persona que estaba en el otro extremo del teléfono satelital que transmitió la orden de ejecutar a Ricardo era el mulá Dadullah. Dadullah era un comandante particularmente brutal de la línea del frente de los talibanes y miembro del consejo dirigente formado tras la caída del régimen talibán, que tenía su base en Quetta y conducía las operaciones en el sur. Murió en mayo de 2007, a manos de las fuerzas de la OTAN.

3 V., por ejemplo, Peter J. Hoffman y Thomas G. Weiss, *Sword & Salve: Confronting New Wars and Humanitarian Crises*, Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland, y Oxford, 2006, p. 99; Paul O'Brien, “Politicized humanitarianism: a response to Nicolas de Torrente”, en *Harvard Human Rights Journal*, vol. 17, 2004, pp. 31–39.

4 Documento interno del CICR, 29 de abril de 2008.

en las zonas afectadas por conflictos en la región meridional del país, pero siguió visitando a los detenidos sospechosos de ser talibanes y a otros combatientes detenidos por las autoridades internacionales y afganas en lugares de detención en todo el país y velando por que recibieran un trato humano y conforme con el derecho internacional. Sin embargo, se negó a apoyar el discurso que citaba los ataques contra el CICR en Afganistán e Irak como prueba de que ya no era posible aplicar un enfoque neutral; en cambio, se esforzó por comprender mejor lo que estaba en juego. Mediante una serie de enfoques innovadores que se describen más adelante en este artículo, comenzó a demostrar a todas las partes los beneficios que trae consigo la presencia de un intermediario neutral en un contexto de conflicto. Le llevó tres años restablecer un nivel de confianza mutua con los talibanes que le permitiera volver a salir de Kandahar y comenzar a responder a las necesidades humanitarias de las víctimas de la insurgencia y de las campañas contra la insurgencia. Pasados cuatro años, el CICR sigue ampliando sus actividades en Afganistán, mientras otras organizaciones humanitarias reducen o se ven obligadas a cancelar las suyas.

Sin embargo, como se ha indicado en la introducción, el hecho de que los principales protagonistas del conflicto hayan aceptado, hasta cierto punto, la labor del CICR no ha supuesto automáticamente la existencia de una garantía de seguridad para los equipos que se desplazan por las zonas rurales del sur y el este del país. Hace ya un tiempo, en septiembre de 2003, el CICR recibió una carta de los talibanes que decía: “Podemos diferenciar entre las organizaciones que son solidarias con los afganos y las que son títeres de los americanos”⁵ y, en distintas ocasiones, el movimiento ha liberado a colaboradores internacionales del CICR y de ACF (Action Contre la Faim) capturados, presentando sus disculpas a ambas organizaciones. Pero, hay otros factores que impiden el acceso en condiciones seguras a muchas zonas, donde se hace preciso utilizar métodos alternativos para la distribución de suministros y servicios, como el uso de taxis locales para evacuar heridos.

Combatientes extranjeros

El primero de los peligros que acecha, y el menos conocido, es el que representan los combatientes extranjeros: los yihadistas pakistaníes, árabes y uzbekos que han venido a liberar el territorio de Afganistán de los “cruzados” extranjeros. Su número real no se conoce con certeza: se suele citar una cifra mayor a fin de subrayar la amenaza mundial que representa la inestabilidad de Afganistán, y una cifra menor para dar la impresión contraria. Se estima que en las zonas próximas a la frontera con Pakistán hay mayores porcentajes de extranjeros que en otras. Un clérigo talibán señaló que, en marzo de 2008, los extranjeros constituían el 40% de los combatientes en la región de Garmser (provincia de Helmand), mientras que un oficial británico estimó, en octubre de 2007, que su número oscilaba entre el 25 y el 33% para toda la provincia de Helmand⁶. Para las organizaciones humanitarias, los

combatientes extranjeros representan un riesgo mayor que los insurgentes afganos, ya que carecen de un grupo de pertenencia en Afganistán —sea una familia, una tribu o un clan— a cuyos miembros deban rendir cuentas o cuidar. Su único propósito es luchar contra las fuerzas de la OTAN y del gobierno y quienes colaboran con ellas. En contraste, los talibanes muestran creciente interés en aliviar las penurias de las poblaciones cuyo apoyo tienen o desean obtener. Por ejemplo, a principios de este año, en la provincia de Faryab, los grupos de oposición armada se presentaron en las clínicas para anunciar que estaban a cargo de la zona, y alentaron a las clínicas a seguir trabajando, en lugar de destruirlas o amenazar a su personal, como hacían en el pasado. Además, los talibanes siempre han aspirado a gozar de cierto nivel de legitimidad en el plano internacional y, en especial, anhelaban conseguir el escaño de Afganistán en las Naciones Unidas. En contraste, los movimientos yihadistas no están interesados en ganarse la aprobación local ni la internacional, puesto que su objetivo es desestabilizar y conmocionar. Consecuentemente, las organizaciones humanitarias prácticamente carecen de argumentos que les permitan exhortar a los combatientes extranjeros a que no las ataquen. Incluso el mero contacto con esos combatientes sigue siendo elusivo, como lo era cuando se encontraban en los campamentos de entrenamiento en Afganistán durante el régimen talibán, antes de que Al Qaeda cobrara notoriedad.

Garantías de seguridad poco fiables

En segundo lugar, aunque es evidente que los talibanes cuentan con una estructura de mando y con la *shura* (consejo), constituida por insurgentes de alto rango que residen mayormente en Pakistán⁷, es difícil determinar qué integrantes del nivel inferior se encuentran bajo el mando de la *shura* y, por ende, la medida en que puede confiarse en las garantías de seguridad que ésta ofrece. Debido a la opacidad de la cadena jerárquica, también es difícil saber a quién hay que solicitarle “garantías”. Además, los combatientes en el terreno pueden estar sujetos a distintas lealtades, sea con su familia, clan, aldea o tribu, así como a intereses comerciales que influyen en el comportamiento individual. En palabras de un talibán:

El CICR es muy apreciado por los talibanes de alto rango en Quetta y Afganistán, pero el problema se plantea con los jefes en el terreno... hay un comandante talibán a cada 100 metros [del camino], y muchos están enemistados entre sí. Es el problema de nuestra cultura. Uno es amistoso con el CICR pero el otro no, y así surgen las dificultades... no hay un control central⁸.

El problema de las “garantías” de seguridad se puso de manifiesto en mayo de 2007 cuando, respondiendo a reiteradas solicitudes de los talibanes, el CICR aceptó visitar un hospital en Lashkar Gah que Emergency, una organización no

5 Documento interno confidencial.

6 V. Tom Coghlan, “The Taliban in Helmand: an oral history”, en Antonio Giustozzi, *Decoding the New Taliban: Insights from the Afghan Field*, Colombia University Press, Nueva York, 2009, p. 133.

7 Graeme Smith, “What Kandahar’s Taliban say”, en A. Giustozzi, nota 6 *supra*, p. 193.

8 Entrevista en Kandahar, 25 de noviembre de 2008.

gubernamental italiana, había abandonado unos meses antes debido a problemas con el gobierno. Para realizar la evaluación del hospital, la oficina del CICR en Kandahar recibió garantías de seguridad de las mismas autoridades talibanas que, unas semanas antes, habían permitido al CICR recibir a dos rehenes franceses liberados por sus captores en el distrito de Maiwand. Esa operación constituyó la primera salida de Kandahar del CICR por carretera desde el asesinato de Ricardo. La Institución confiaba en que el viaje de evaluación a Lashkar Gah marcaría el inicio de un programa de servicios médicos que podría extenderse a las zonas afectadas por el conflicto en el sur del país. Sin embargo, al llegar al lugar donde se había producido la liberación de los rehenes, el equipo de evaluación fue tiroteado y ambos automóviles quedaron perforados por las balas. Milagrosamente, no hubo víctimas, pero este episodio destruyó la confianza del CICR en la capacidad de los talibanes de comunicarse con sus combatientes y controlarlos, y la Institución optó por desechar la idea de hacerse cargo del hospital o de ampliar sus desplazamientos por el terreno.

Desde entonces, se ha acentuado la fragmentación de las fuerzas opositoras, debido en parte a que la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés) logró asesinar a los jefes talibanes de nivel intermedio en incursiones nocturnas. Han aparecido nuevos jefes que, en muchos casos, conocen al CICR menos aún que los anteriores y que, según se dice, son más extremistas⁹. El creciente uso de artefactos explosivos improvisados en las carreteras agrava considerablemente el peligro de los viajes. Cuando el CICR se dispone a viajar por carretera, sobre todo al tomar la ruta de 30 kilómetros entre Kandahar y el aeropuerto para llevar y traer personal y suministros, aplica un cronograma muy estricto, que notifica a todos los contactos pertinentes. Durante ese viaje de una hora, más vale no pensar en la capacidad organizativa y técnica de quienes colocaron las bombas, ni en los canales de comunicación entre ellos y quienes ordenan la activación y desactivación de los artefactos explosivos.

Criminalidad

La tercera amenaza proviene de los elementos criminales: narcotraficantes, aspirantes a señores de la guerra, secuestradores o mafias locales que tienen interés en la presencia o ausencia de las organizaciones humanitarias internacionales en una ciudad o región. Los productores de opio pueden impedir la presencia internacional en ciertas zonas creando un “incidente”, mientras que otros pueden decidir robar el vehículo o el equipo de comunicación de un organismo de ayuda, o secuestrar a uno de sus colaboradores para obtener el rescate. Puede suceder que el ofrecimiento de servicios médicos o de otra índole a título gratuito perjudique los intereses de determinadas empresas en una ciudad, lo cual puede constituir un nuevo motivo y una potencial fuente de problemas de seguridad. En muchos casos, el perpetrador y su motivación nunca se llegan a conocer del todo, incluso cuando se trata de crímenes graves, como el asesinato de cinco miembros de Médicos Sin

Fronteras (MSF) en la provincia de Badghis, en 2004. Los talibanes se atribuyeron esas muertes, aunque las pruebas apuntan a los jefes del gobierno local y el motivo sigue sin esclarecerse¹⁰. Tampoco es fácil investigar los incidentes en los que participan las empresas de seguridad privadas, pese a que, a veces, conllevan violaciones patentes del derecho internacional humanitario (DIH), como el episodio que tuvo lugar en julio de 2009, durante el cual los trabajadores de un hospital en la provincia de Wardak recibieron amenazas y disparos, con un saldo de varios afganos heridos. En un episodio más reciente y difícil de descifrar, dos vehículos del CICR, al acercarse a un convoy detenido en la carretera entre Kabul y Ghazni, se vieron envueltos en un tiroteo entre una empresa de seguridad privada y un adversario desconocido, pese a que cinco minutos antes, la oposición armada había garantizado a los colaboradores del CICR que la carretera era segura. En la investigación que siguió, no fue posible esclarecer si el adversario eran los talibanes, otro grupo de oposición armada, una empresa de seguridad o milicia rival, o un ataque montado por la propia empresa para justificar sus exorbitantes tarifas¹¹.

Este estado de inseguridad impone enormes limitaciones al CICR y a otras organizaciones humanitarias, puesto que les impide saber a ciencia cierta lo que realmente sucede en muchas zonas de Afganistán, mucho menos prestar ayuda a las personas que la necesitan. El CICR aún puede viajar y trabajar con personal expatriado en la mayoría de las zonas del norte, pese al rápido deterioro de la seguridad que causa la retirada de muchos organismos humanitarios. Sin embargo, el acceso es más difícil en el sur. La información sobre la difícil situación de los afganos que viven allí debe obtenerse de fuentes secundarias, en particular de pacientes que acuden a los establecimientos de salud apoyados por el CICR, como hospitales y centros ortopédicos, el personal afgano de los puestos de salud del CICR, los familiares o detenidos para los cuales el CICR facilita las visitas en los lugares de detención y el intercambio de noticias familiares, y los voluntarios de la Media Luna Roja Afgana, que desempeñan un papel fundamental en la asistencia a las comunidades locales. No obstante, la capacidad del CICR de responder a los pedidos de ayuda es limitada. Para hacerlo, debe actuar por “control remoto”, a menudo por intermedio de voluntarios de la Media Luna Roja Afgana, confirmando grandes responsabilidades a los contactos locales y a los empleados, que son aceptables para todas las partes y que, supuestamente, gozan de inmunidad frente a los ataques.

10 MSF en Afganistán, *MSF leaves country following staff killings and threats*, diciembre de 2004, disponible en: <http://www.doctorswithoutborders.org/news/country.cfm?id=2269> (consultado el 2 de diciembre de 2010).

11 Por ejemplo, un comandante afgano subcontratado en el marco de un contrato suscrito por el gobierno de Estados Unidos por valor de US\$ 2.160 millones, cuyo objeto es prestar apoyo a la cadena de suministro de Estados Unidos en Afganistán, cobra una tarifa de protección de US\$ 1.500 por cada camión que escolta entre Kabul y Kandahar. Custodia unos 3.500 camiones por mes, lo que le genera un ingreso mensual de aproximadamente US\$ 5.200.000. V. el informe de junio de 2010 presentado por el bloque mayoritario del Subcomité de Seguridad Nacional y Asuntos Internos presidido por John F. Tierney, *Warlord, Inc: Extortion and Corruption Along the US Supply Chain in Afghanistan*, Comité de Supervisión y Reforma del Gobierno, Cámara de Diputados de Estados Unidos, junio de 2010, p. 18.

9 G. Smith, nota 7 *supra*, p. 194.

Crear un espacio humanitario

Las actividades de ayuda que se realizan desde lejos distan de ser ideales. Pocas personas se sienten cómodas pidiendo a otros que hagan cosas que ellas mismas no harían; además, cuando los organismos no pueden vigilar la distribución y los efectos de los socorros, surgen problemas con respecto a su uso final. No se trata sólo de confiar en las personas y en su ética, sino también de la capacidad de esas personas de resistir a presiones locales que los colaboradores expatriados del CICR probablemente no experimentarían en la misma medida. El CICR dirige de esta manera su sistema de evacuación, atención prehospitalaria, derivación y traslado al hospital para heridos de guerra en seis provincias (Helmand, Farah, Kandahar, Uruzgan, Zabul y Ghazni), desde una serie de puestos de salud ubicados a lo largo de las carreteras principales y por medio de una red de taxistas capacitados en primeros auxilios que reciben una paga del CICR por conducir a los heridos al hospital. Los nombres de los taxistas y los números de matrícula de sus vehículos se informan a todas las partes en el conflicto, y llevan consigo tarjetas de identificación y una carta en la que se informa que trabajan en nombre del CICR cuando llevan heridos al hospital. Aunque el proyecto dista de ser perfecto, al menos ofrece una posibilidad de supervivencia a las víctimas de la guerra, sean combatientes o civiles, que, de otro modo, sufrirían y morirían en el lugar en que fueron heridas. De muchas maneras, esta iniciativa retrotrae al CICR a sus prácticas básicas, a Henry Dunant y su idea de salvar a los heridos en el campo de batalla sin importar de qué lado combaten. Pero, los desafíos que el CICR tuvo que afrontar para alcanzar esta solución parcial nada tienen de básico.

Reanudar las actividades de asistencia para todos

El primer desafío importante que se presentó tras la muerte de Ricardo fue abrir el diálogo con la oposición armada que hacía su reaparición, a fin de averiguar el porqué del ataque contra el CICR y restablecer, por ambos lados, las credenciales del CICR como organización eficaz y puramente humanitaria. El CICR sabe desde hace tiempo que las palabras y las promesas no son suficientes para promover la aceptación dentro de una comunidad y que la Institución debe ofrecer algo concreto. Pero ¿cómo salir de esta trampa, en la cual las garantías de seguridad dependen de la eficacia de las acciones, pero las posibilidades de actuar dependen de las garantías de seguridad? El CICR tuvo que identificar las actividades pertinentes a su cometido que respondieran a necesidades reales, que pudieran realizarse en condiciones seguras, y que abriesen canales para el diálogo. En Pakistán, el CICR fortaleció los servicios de búsqueda de familiares, el intercambio de mensajes de Cruz Roja entre los detenidos y sus familiares, los servicios de ortopedia para personas amputadas y la asistencia médica para las víctimas de las hostilidades en Waziristán, lo que ayudó a elevar el perfil de la Institución. El número de visitantes que acudían a las oficinas del CICR en Peshawar y Quetta fue creciendo lenta pero constantemente, y el CICR pudo explicar a un público cada vez mayor el papel que desempeña, su neutralidad y sus modalidades de trabajo.

La oportunidad de reanudar la asistencia en zonas de Afganistán controladas por la oposición se presentó a principios de 2006. Un familiar de una persona detenida que el CICR visitaba en la base aérea de Bagram solicitó al CICR insumos médicos para las personas heridas en la provincia de Helmand. El recrudecimiento de las hostilidades en el sur había incrementado las necesidades de salud entre la población civil y los combatientes en momentos en que los servicios de salud del gobierno se habían retirado a zonas más seguras, lo que animó al CICR a poner en práctica, a título de experimento, la idea de proporcionar una cantidad limitada de insumos médicos a algunas personas con formación médica que vivían en zonas controladas por la oposición. A medida que se fortalecieron las operaciones contra la insurgencia y crecía el número de víctimas, el número de pedidos que se presentaban a la oficina en Kandahar fue en aumento y las demandas se hicieron cada vez más ambiciosas, desde servicios de ambulancia y puestos de primeros auxilios hasta un posible hospital de campaña. El CICR prefirió mantener su apoyo en una escala modesta, puesto que las posibilidades de supervisar el uso de los suministros eran muy limitadas y la coordinación entre los diversos contactos era casi imposible ya que, por razones de seguridad, ninguno de ellos quería revelar su identidad a otras personas.

Este programa conllevaba grandes riesgos. El CICR podía ser acusado de haber pasado inteligencia si un contacto de la oposición era detenido al salir de la oficina, o ser objeto de venganza por parte de un contacto apartado del proyecto por no haber utilizado los suministros según lo acordado: la oficina del CICR en Kandahar era un blanco fácil. Afortunadamente, seis de los contactos más antiguos apoyaron los esfuerzos del CICR por mejorar el control de la ayuda y formaron una *shura* de la salud para facilitar y agilizar los contactos del CICR con la oposición, designando cuatro funcionarios de salud provinciales para recibir los suministros. A principios de 2007, el CICR comenzó a organizar cursos de primeros auxilios para las personas que favorecían a los grupos de oposición o residían en zonas controladas por ellos, siguiendo la modalidad que aplica en zonas de conflicto en todo el mundo. Esto no sólo dio mayor visibilidad al CICR entre los grupos de oposición, sino que le permitió transmitir mensajes sobre la necesidad de respetar el DIH y distinguir entre objetivos militares y civiles. A pedido del CICR, la *shura* de salud también desempeñó un papel fundamental a la hora de obtener garantías de seguridad para que los equipos de vacunación contra la polio del Ministerio de Salud pudiesen circular por zonas inseguras. Esta iniciativa marcó el primer reconocimiento del gobierno de que el CICR estaba en contacto con la oposición armada, y el propio presidente Karzai autorizó a su Ministerio de Salud a solicitar ayuda a la delegación para comunicarse con los insurgentes con respecto a la campaña de vacunación.

Proteger la imagen de neutralidad

Este reconocimiento —aunque dado a puertas cerradas— fue un paso importante para superar el segundo gran desafío que afrontaba el CICR: proteger

la percepción de que, al ayudar a las víctimas de todas las partes en el conflicto, desempeña un papel neutral. En esos tiempos, la frase “Los terroristas no tienen derecho a ser tratados como combatientes” era moneda corriente en Afganistán, y se hacía eco de la decisión del gobierno de Bush de denegar la aplicabilidad de los Convenios de Ginebra a los “combatientes enemigos”. Por el hecho de ser vistas como “terroristas”, se consideraba que las fuerzas de la oposición tenían pocos o ningún derecho, y se interpretaba que el CICR, al intentar hacer valer esos derechos, tomaba partido por el enemigo. “Sabemos que ustedes apoyan a los talibanes”, fue lo primero que dijo un oficial occidental vestido de paisano a un equipo del CICR que, en julio de 2008, accedía por primera vez a un lugar de detención cerca de Kandahar, antes de someter a sus integrantes a un cateo excesivamente riguroso. La jerarquía civil tampoco respetaba el papel tradicionalmente neutral del CICR: “En presencia de una parte legítima y otra reprehensible, no se puede ser neutral”, me dijo un representante superior de las Naciones Unidas en Kabul¹². Le preocupaba más la legitimidad que el contacto con el CICR podía conferir a los talibanes, que la necesidad de ampliar el espacio humanitario en beneficio de las víctimas del conflicto, dondequiera que se encontrasen. Incluso después de que la Institución desempeñara un papel central en varias operaciones de liberación de rehenes, en particular la de los 23 misioneros coreanos capturados en 2007 y de muchos colaboradores humanitarios internacionales y afganos, la “comunidad internacional” en Kabul se mostraba reacia a reconocer la utilidad de un intermediario neutral en el conflicto.

Sin embargo, algunas ramas del gobierno afgano percibieron desde el principio los beneficios tangibles que traían aparejados los contactos del CICR con la oposición armada. Como ya se ha dicho, el CICR obtuvo, durante varios años, garantías de seguridad para los equipos de vacunación contra la poliomielitis en nombre del Ministerio de Salud y de la Organización Mundial de la Salud. Además, en agosto de 2009, negoció un alto el fuego entre la oposición armada y las fuerzas estadounidenses a fin de permitir que el gobierno y el personal médico del CICR atendieran y evacuaran, en condiciones seguras, a las víctimas del cólera del distrito de Shawalikot, en la provincia de Kandahar. El contacto con los talibanes también posibilitó la recuperación de los cuerpos de oficiales de policía y de las fuerzas de seguridad del gobierno en zonas de combate, y de combatientes talibanes de la morgue de los hospitales, para que sus familiares pudiesen sepultarlos apropiadamente según los ritos islámicos. La confianza construida en base a estas actividades llevó a un acontecimiento importante a finales de 2009, cuando se permitió al CICR, por primera vez, visitar a personas capturadas y detenidas por la oposición armada e informar de su paradero a los familiares.

En Kandahar, las autoridades locales sabían desde el principio que el CICR brindaba asistencia médica brindada a las personas que residían en zonas controladas por la oposición y, aunque de mala gana, aceptaban esta realidad. “Yo no interfiere”, dijo el jefe de la Dirección Nacional de Seguridad. Aunque remarcó que,

personalmente, no estaba de acuerdo en salvar la vida de sus oponentes, reconoció que esta actividad tenía sus beneficios: “El CICR ha traído del campo de batalla los cuerpos de mis hombres para sepultarlos de manera apropiada. Si pudiese traer algunos vivos, sería mejor aún”¹³. Los cursos de primeros auxilios para las fuerzas policiales —cuyos hombres representan el mayor porcentaje de víctimas sobre el terreno entre las fuerzas de seguridad afganas, pese a lo cual carecen de servicios médicos auxiliares para su evacuación o atención médica— también ha ayudado a los militares de todo nivel a comprender que los cursos de formación para ambos bandos no equivalen a una interferencia en el conflicto. En esos cursos, se enseñan los procedimientos básicos que ayudan a estabilizar a los pacientes y mantenerlos con vida; su impacto en la guerra es insignificante, pero tienen importantes efectos humanitarios, puesto que alivian los sufrimientos de los civiles, de los policías y de los insurgentes por igual. También han ayudado a ambos bandos a comprender que la función del CICR de proteger la vida y la dignidad de las personas afectadas por la guerra no impide que un paciente sea detenido y enjuiciado por los crímenes que haya cometido. Se puede detener a un paciente, pero las fuerzas armadas tienen la obligación de prestarle asistencia médica en forma oportuna.

Durante los últimos dos años, la percepción de que el CICR “ayuda al enemigo” se ha atenuado considerablemente en el ámbito de las fuerzas militares internacionales, debido en parte al cambio de gobierno en Estados Unidos pero, sobre todo, porque se reconoce que la estrategia militar no ha logrado reducir el apoyo a la insurgencia y que se impone un cambio de rumbo. A finales de 2008, los máximos responsables de la Coalición, entre otros el almirante Mike Mullan, presidente de los jefes de estado mayor conjunto de Estados Unidos, y Sir Sherard Cowper-Coles, embajador británico en Afganistán, indicaron que la mejor forma de avanzar hacia una solución sería negociar un acuerdo. Esta sugerencia revela las primeras grietas en el tabú de mencionar la apertura de un diálogo con “el enemigo”¹⁴. En los meses que siguieron, la cooperación con el CICR mejoró considerablemente y los comandantes de la ISAF se mostraron más dispuestos a recibir, examinar e investigar las cuestiones planteadas por el CICR en relación con la conducción de las hostilidades por parte de sus tropas. Se produjeron algunos cambios importantes, entre ellos la nueva directiva táctica encaminada a reducir las víctimas civiles durante los bombardeos aéreos, y las nuevas directivas sobre la entrada y el uso de la fuerza en las estructuras de salud, emitida a raíz de numerosos incidentes en los cuales las tropas amenazaban e intimidaban al personal de salud que supuestamente prestaba asistencia médica a insurgentes. El número de incidentes que afecta al personal y las estructuras de salud se ha reducido considerablemente desde que el general McChrystal, ex comandante de la ISAF, emitió estas directivas en octubre de 2009.

Además, la aceptación de la asistencia médica que el CICR presta a los insurgentes heridos ha evolucionado notablemente: cuando las tropas canadienses

¹² Entrevista con el Representante Especial Adjunto del Secretario General para Afganistán, predio de la UNAMA, Kabul, 18 de noviembre de 2008.

¹³ Entrevista con Abdul Qayum, director de la Dirección Nacional de Seguridad, Kandahar, 24 de noviembre de 2008.

¹⁴ Julian Borger, “Our man in Kabul says US strategy is failing”, en *The Guardian*, 2 de octubre de 2008.

encontraron material médico marcado con el logo del CICR en un escondite de armas en el sur de Afganistán, en octubre de 2008, supusieron que había sido robado, y se escandalizaron cuando el propio CICR les informó que la Institución se lo había proporcionado a los talibanes¹⁵. A la inversa, algunos meses atrás, cuando otro periodista “reveló” que el CICR impartía formación en primeros auxilios a los talibanes¹⁶, la noticia provocó indignación en algunos sectores del público, pero no suscitó reacción alguna por parte del personal militar. Al evaluar la reacción a esta historia entre los marines apostados en una base de operaciones de avanzada en la provincia de Helmand, un periodista de la cadena Fox News se mostró perplejo al observar que las acciones del CICR no sorprendían ni indignaban a los soldados entrevistados¹⁷, quienes le explicaron que ellos también atienden a los talibanes heridos e incluso los trasladan en helicópteros de evacuación médica, en cumplimiento de las obligaciones que les incumben en virtud de los Convenios de Ginebra.

Promover el respeto de los Convenios de Ginebra

Pero, el mayor desafío que afronta el CICR es tratar de lograr que los talibanes y otros grupos de oposición libren la guerra de conformidad con los Convenios. Los atentados suicidas en lugares públicos y el abundante uso de artefactos explosivos improvisados que no distinguen entre objetivos militares y civiles constituyen claras violaciones del DIH. El CICR ha expresado su oposición a estas tácticas en cartas y en conversaciones con los dirigentes talibanes y con la red Haqqani, proporcionando detalles con respecto a incidentes específicos y señalando el número de víctimas civiles. Sin embargo, es difícil evaluar las repercusiones de estos contactos. En los papeles, los talibanes han mostrado buena disposición, puesto que han añadido al Código de Conducta de 2009 para los combatientes¹⁸ ciertas disposiciones del DIH que no figuraban en la versión de 2006, acto que también refleja su decisión estratégica de intentar obtener apoyo a nivel local. El artículo 59 reza:

Los muyahidines tienen la obligación de comportarse correctamente con la población y deben procurar ganarse las mentes y corazones de los musulmanes ordinarios. Un muyahidín que se comporta bien puede representar con eficacia a la totalidad del Emirato Islámico. Todos los pueblos de los países amigos darán la bienvenida a ese muyahidín y se mostrarán dispuestos a ayudarlo y a prestarle colaboración.

15 V. Tom Blackwell, “A big morale booster: Canadian, Afghan troops uncover arms, medical supplies in farmer’s field”, en *National Post*, 11 de octubre de 2008, y su artículo posterior, “We don’t pick sides in war, Red Cross says: agency equips Taliban with first-aid supplies”, en *National Post*, 14 de octubre de 2008.

16 Jon Boone, del *Guardian*, se enteró de esta actividad en un boletín público del CICR, pese a lo cual se refirió a su artículo como una “noticia exclusiva” del *Guardian*, omitiendo mencionar que esos cursos de formación se desarrollan desde hace años. Jon Boone, “Red Cross gives first aid lessons to Taliban”, en *The Guardian*, 25 de mayo de 2010.

17 V. <http://video.foxnews.com/v/4214695/red-cross-teaching-taliban-first-aid/> (consultado el 23 de diciembre de 2010).

18 Emirato Islámico de Afganistán, Código de Conducta de los Muyahidines, Quetta, mayo de 2009.

En la misma vena, el artículo 46 dispone que los talibanes deben evitar causar daños a las personas civiles:

Las autoridades provinciales y de los distritos, los dirigentes de grupos y todos los otros muyahidines deben adoptar las máximas precauciones para evitar causar lesiones y la muerte a las personas civiles y dañar sus vehículos y otros bienes. En caso de descuido, cada uno será responsable de sus actos y de su posición y será sancionado según la índole de su infracción.

En el artículo 41(C) incluso se alude a la planificación de atentados suicidas, aunque no hay sugerencias concretas que respalden la recomendación: “En los atentados que llevan a cabo quienes buscan el martirio, se deben tomar precauciones mucho mayores para evitar causar la muerte y lesiones a personas civiles”.

Sin embargo, pese a todas estas directivas, se siguen produciendo, en forma sistemática, atentados que causan la muerte y lesiones a las personas civiles y ataques contra el personal médico y las instalaciones sanitarias. La ausencia de una evolución favorable en este sentido indujo al CICR a denunciar públicamente el uso de artefactos explosivos improvisados por la oposición armada durante la operación Mosharak, desplegada en la provincia de Helmand a principios de 2010. En su denuncia, el CICR puso de relieve los obstáculos que esos artefactos representan para la libre circulación de los heridos, los enfermos y el personal de salud¹⁹. Las denuncias públicas nunca son del agrado de las partes denunciadas y conllevan el riesgo de irritar a interlocutores importantes, lo que trae consecuencias negativas para la capacidad operacional de la Institución. Pero, para el CICR era importante demostrar que la legitimidad que los talibanes obtienen gracias a sus contactos con el CICR no está libre de condiciones, en particular la necesidad de lograr avances en algunas de las cuestiones más importantes que plantea la Institución. Del mismo modo que los talibanes no aceptan la palabra sin la acción, el objetivo del diálogo que propone el CICR es cosechar resultados. Después de todo, la necesidad de rescatar a las víctimas sólo se presenta después de que han fracasado los intentos de evitar la existencia de víctimas.

Conclusión

El contexto afgano ha dado lugar a algunos de los desafíos más complicados jamás afrontados por el CICR, no tanto por la instrumentalización de la ayuda por parte de los gobiernos donantes —lo cual, lamentablemente, no es novedoso— sino porque ambas partes rechazaron la postura neutral de la Institución en la “guerra contra el terror”/“guerra contra el Islam”. Los ataques deliberados contra los símbolos de Occidente llevaron a preguntarse si la neutralidad seguía siendo un medio apropiado para obtener acceso a las personas necesitadas pero, mediante un lento proceso de construcción de confianza y el diálogo transparente con todas

19 “Afganistán: las minas impiden el retorno a la vida normal en Marjah”, comunicado de prensa 10/34 del CICR, 5 de marzo de 2010.

las partes, el CICR se ha esforzado por reafirmar los valores rechazados tanto por el bando de Occidente como por el bando anti-Occidente. Durante muchos años, el CICR se encontró solo: entre todas las organizaciones humanitarias, era la única que defendía el derecho de aquellos que violaban el DIH a seguir recibiendo su protección y asistencia. En un artículo que, desde otros puntos de vista, es excelente, incluso el experto en derecho internacional Kenneth Anderson argumenta que todo intento de alcanzar un acuerdo con los talibanes o con Al Qaeda sería “profundamente incorrecto”, aduciendo que “una paz privada entre los organismos de ayuda y los terroristas o los grupos que violan en forma sistemática las leyes de la guerra es moralmente inaceptable, jurídicamente indefendible y políticamente imprudente”²⁰.

Pero, como señaló Reto Stocker, jefe de delegación del CICR, al periodista canadiense que halló pruebas de la “paz privada” que, en efecto, el CICR había negociado con los talibanes: “Si hubiéramos aceptado el discurso de “los buenos y los malos”, nos hubiésemos tenido que retirar de Afganistán en la década de 1980”²¹. El caso de Afganistán ha demostrado que, contrariamente a lo afirmado por Anderson, lo políticamente imprudente es *la negativa* a dialogar con estos grupos si lo que se desea es salvar las vidas de las víctimas del conflicto sin transformarse, uno mismo, en un objetivo. Aunque es mucho lo que queda por hacer antes de que el CICR pueda desplazarse libremente en todas las zonas de Afganistán afectadas por el conflicto, la discreta perseverancia que el CICR ha ejercido para abrir canales para el diálogo humanitario, prestar asistencia humanitaria e influir en los comportamientos viene rindiendo lentamente sus frutos, a medida que la Institución sigue extendiendo el alcance de sus operaciones. Y esta “paz” ya no es tan privada, habida cuenta de que el CICR está aprovechando su diálogo privilegiado con los talibanes y otros grupos para ampliar el espacio humanitario con el fin de incluir a otras organizaciones humanitarias. Por ejemplo, ayudó a MSF a regresar a Afganistán en 2009, y prestó apoyo a otras ONG que se proponían trabajar para ambos lados en el conflicto.

Durante los últimos veinte años, Afganistán ha sido escenario de varios intentos, sucesivamente denominados “marco estratégico”, “programa de coherencia” o “misión integrada”, de subsumir la acción humanitaria en un proceso político más amplio encaminado a alcanzar una paz internacionalmente aceptable. Ahora más que nunca, se ven con claridad los resultados negativos de esas estrategias. Ha quedado demostrado que, para llegar a las personas necesitadas de todos los bandos en un conflicto, la acción humanitaria debe permanecer independiente y esforzarse por mantener una imagen tan neutral como sea posible. Es imposible predecir el curso futuro de una guerra, aunque la historia de Afganistán debería haber prevenido contra el exceso de confianza en la capacidad de una fuerza exterior de solucionar las múltiples divisiones dentro del país y entre sus vecinos. Al apoyar

a una de las partes, aunque haya parecido legítimo hacerlo, los organismos humanitarios dañaron su imagen a los ojos de las fuerzas opositoras, y no sólo pusieron en peligro sus posibilidades de ayudar a los civiles en las zonas en disputa, sino que se enfrentaron con crecientes dificultades también en las zonas “seguras”.

Ahora, corresponde a las organizaciones de ayuda humanitaria tratar de posicionarse de manera diferente: abrir el diálogo con la oposición y tomar distancia de los excesos de todas las partes en el conflicto. No es la primera vez que las organizaciones humanitarias descubren que están alineadas con una parte cuya ideología o métodos han dejado de admirar. Para consternación de las ONG, que habían visto un panorama en blanco y negro, los tan elogiados “guerreros” mu-yahidines que derrotaron a la Unión Soviética se transformaron en “señores de la guerra” que comenzaron a luchar entre sí durante los desgarramientos que sufrió el país en la época posterior a la intervención soviética. Mantener la neutralidad en un conflicto no es una postura moral sino, sencillamente, la forma más eficaz hallada hasta la fecha para negociar el acceso a las personas que necesitan ayuda humanitaria dondequiera que se encuentren. Los yihadistas expatriados, que carecen de una base común que permita el diálogo, constituyen el mayor desafío a la acción humanitaria. Sin embargo, la única forma de empezar a progresar es encontrar la forma de comunicarse con sus ideólogos y dirigentes e influir en ellos.

Lamentablemente, la fragmentación de los grupos armados y la aparición de nuevos “comités de defensa de las aldeas” y otras “milicias” multiplican el número de interlocutores para el CICR y las otras organizaciones humanitarias. Existe el temor generalizado de que, una vez que las fuerzas de la ISAF se retiren de Afganistán, el país vuelva a caer en la guerra civil, principalmente por motivaciones tribales y étnicas. Teniendo en cuenta las experiencias pasadas, el próximo capítulo en la trágica historia de Afganistán podría ser aún más sangriento que el actual: cabe recordar que los anteriores aliados en la lucha contra el régimen de Najibullah apoyado por los soviéticos causaron en Kabul, después de la caída del gobierno comunista, una destrucción aún mayor que la sufrida por la ciudad durante todo el período soviético²². Si las fuerzas de seguridad del gobierno, los talibanes y otros grupos opositores, los señores de la guerra actuales y anteriores, las milicias locales e incluso las empresas de seguridad privadas comienzan a luchar entre sí para ganar poder y recursos en el Afganistán posterior a la presencia de la OTAN, se agudizarán las actuales penurias de la población afgana, que necesitará aún más ayuda humanitaria para aliviar sus padecimientos.

Antes de entrar en la siguiente fase de la historia de Afganistán, sería aconsejable que las organizaciones humanitarias y los gobiernos donantes reflexionaran larga y profundamente acerca de las equivocadas hipótesis y los errores de juicio que han llevado a la situación actual. Tanto el gobierno de Estados Unidos como los talibanes reconocen que el hecho de suministrar bienes y servicios a las poblaciones que los necesitan puede ayudar a “ganar los corazones y mentes” de los residentes locales y crear entornos propicios para la paz y la reconciliación. Pero, si la ayuda se proporciona como parte de una estrategia política o militar, es tratada como tal; por

20 Kenneth Anderson, “Humanitarian inviolability in crisis: the meaning of impartiality and neutrality for U.N. and NGO agencies following the 2003–2004 Afghanistan and Iraq conflicts”, en *Harvard Journal of Human Rights*, vol. 17, 2004, p. 63.

21 En T. Blackwell, “We don’t pick sides”, nota 15 *supra*.

22 V. William Maley, *The Afghanistan Wars*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2009, pp. 168–172.

otra parte, esa política puede tener consecuencias negativas, por ejemplo cuando se “castiga” a las aldeas por haber recibido esa ayuda o se ataca a los organismos humanitarios como agentes del enemigo. Es útil escuchar las opiniones acerca de la imagen actual de las organizaciones de ayuda humanitaria. Un delegado de alto nivel del CICR que preguntó a un dirigente tribal contrario al gobierno —a quien había conocido en 1987, en las montañas de Afganistán— si creía que el CICR podía viajar en condiciones seguras en la zona sujeta a su control, recibió la siguiente respuesta:

Hoy, como hace veinte años, un gobierno y sus aliados internacionales están intentando imponer un modelo de sociedad con toda la modernización, reconstrucción, desarrollo y valores occidentales que lo acompañan. Hoy, como hace veinte años, no estoy de acuerdo con esa idea, y todos derramamos sangre. Hoy, como hace veinte años, usted viene aquí a intentar lograr que los prisioneros reciban un trato digno, que se atienda a los heridos, y que nuestras familias no sean bombardeadas, no mueran de hambre ni sean humilladas. Nosotros respetamos eso. Pero, le advierto lo siguiente: nosotros no esperamos que apoyen nuestras posturas y acciones religiosas, políticas y sociales, pero sí esperamos que no apoyen -en modo alguno- las de nuestros enemigos. Sepan cuándo la denominada acción humanitaria se convierte en espada o en veneno y, en ese momento, deténganse²³.

Hoy, la población afgana en general tendría dificultades para definir qué es la “acción humanitaria”. Muchos dirían que es una herramienta para ayudar a ganar la guerra. Otros dirían que es un vector utilizado para establecer un nuevo modelo de sociedad, compatible con los valores occidentales. La mayoría la denunciaría como una forma encubierta de gastar millones de dólares para comprar la lealtad de ex señores de la guerra, forrar los bolsillos de los familiares de los políticos, cumplir con la tasa de uso de los presupuestos de los donantes en proyectos de baja calidad y, principalmente, como una forma fácil de obtener el dinero que se destina a Afganistán pero que termina en las cuentas bancarias extranjeras de particulares y de los contratistas de las naciones donantes. Algunos dirían con optimismo que su objetivo es ayudar a las personas afectadas por la guerra, no importa quiénes sean, y nada más. Pero, esta opinión sólo podrá fortalecerse si la acción humanitaria es y se mantiene neutral e independiente de todas las influencias ajenas.

23 Jacques de Maio, correspondencia personal, octubre de 2010.